www.elboomeran.com

Lionel Tran

SIN PRESENTE

TRADUCCIÓN DE LAURA SALAS RODRÍGUEZ

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2015
TÍTULO ORIGINAL: *No présent*

© Éditions Stock, 2012
© de la traducción, Laura Salas Rodríguez, 2015
© de esta edición, Editorial Periférica, 2015
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-18-2
DEPÓSITO LEGAL: CC-201-2015
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

La autoridad ha sido abolida por los adultos y eso sólo puede significar una cosa: que los adultos rehúsan asumir la responsabilidad del mundo en el que han colocado a los niños.

HANNAH ARENDT, «La crisis en la educación» (*Entre el pasado y el futuro*, 1968)

Es el programa emblemático de mi generación: se desarrolla en un plató de televisión que representa una isla maravillosa poblada de niños alegres.

En la plaza de la isla, un joven dinosaurio de piel naranja aprende la vida junto a sus amigos humanos: François, el estudiante, con sus camisas de cuadros, sus libros y sus globos, Julie y su quiosco lleno de juguetes y caramelos, el Señor Snob, elegante y excéntrico.

«Ha llegado el tiempo de las risas y los cantos…»

1

EL FIN DE LA HISTORIA

Nací en 1971.

Estamos en 1989.

Como a millones de alumnos de instituto, me fascina el cine, la edición o la publicidad, cuyo poder ha provocado la elección del presidente de la «fuerza tranquila», François Mitterrand. Nuestros padres hiceron Mayo del 68, encarnaron la revolución sexual. Instantánea: vuelvo a ver el campamento al raso en las Cevenas, con el novio de mi madre soltera, el hijo de un CRS*, poeta que al final resultará ser homosexual, tiene el pelo rizado, la piel lisa de sus diecinueve años; la vieja campesina que nos vende queso de oveja tiene el rostro reseco y le salen pelos blancos de las orejas, recuerda a una bruja cuando pone sobre la mesa de madera un frasco de conservas dentro del cual flota, en un líquido ambarino, una víbora de ojos vidriosos. Los años setenta coinciden con la crisis del petróleo y con lo que se comienza a llamar «el túnel de la crisis económica». Oigo el bullicio de las reuniones nocturnas en las que barbudos y mujeres

* Compagnies Républicaines de Sécurité: cuerpo de seguridad que desempeña, entre otras, la función de controlar las manifestaciones. [Todas las notas son de la traductora.]

con sandalias de cuero que ya no llevan sujetador corean militancia, ecología y defensa de los pueblos oprimidos —oigo desde mi cuarto las botellas que se descorchan, el arroz cantonés friéndose en la sartén, las voces estridentes que se arrojan a la cara, «Plogoff», «contaminación», «psicoanálisis», «presidente Mao», pese a las interferencias de los estribillos del «Chant des partisans» y de «La blanche Hermine», reproducidos en cadena por el equipo de música—. Son pedagogos españoles, hijos e hijas de republicanos, comunistas italianos, refugiados chilenos. Se llevan a cabo conferencias en el Espacio Le Corbusier de Firminy, un joven palestino de ojos azul pálido me anuda una *kufiya* al cuello. La portada de los periódicos anuncia la Guerra de las Malvinas, Margaret Thatcher desfila, enfundada en un uniforme de combate, hay prisioneros argentinos agachados con las manos en la nuca tras un recinto rodeado de alambre de espinos, un navío de guerra británico naufraga tras ser golpeado por un misil Exocet francés, un cámara graba los charcos de sangre de las masacres de Sabra y Chatila. Vagas imágenes de ocupaciones de astilleros, de minas, de complejos siderúrgicos durante la reestructuración industrial. Por la radio se habla de oleadas de despidos que golpean Inglaterra y el norte de Francia, hay acaloradas discusiones en torno a la toma de la fábrica de relojes Lip por parte de los trabajadores, hombrecillos y mujercillas de sonrisas cansadas que venden, en anorak azul marino, las existencias de relojes mientras corean «se fabrica, se vende, se paga». Avance informativo: la izquierda llega al poder, restallan tapones de champán en todas las

plantas del bloque de protección oficial donde vivo con mi madre, maestra de izquierdas. Le pregunto a uno de sus ex amantes si hay que tener miedo a la muerte (me responde «no»), ambiente de fiesta irreal, un poco turbio, en la radio ponen la «Salsa du démon». Avance informativo: desde unos bloques de viviendas, un hombre dispara con su escopeta contra un aula —«Terror»— de la escuela primaria Anton Makarenko, donde los métodos pedagógicos están en proceso de transformación —«Horror»—, un robot japonés gigante lucha en la televisión contra las invasiones lanzadas desde la cara oculta de la luna, los adultos hablan de japonoñerías —«Ahhh»—, todas las noches el telediario de las ocho —«Sí, sí, sí, vivo en la mierda»—, un reportaje sobre la guerra entre Irán e Irak muestra a un soldado descuartizado por unos Jeep, hacen su aparición los gráficos de la curva de inflación y el logotipo de la «caza al despilfarro». Algo está cambiando, definitivamente: los cuerpos culturistas de Véronique y Davina a cámara lenta durante la presentación de *Gym Tonic*. En la televisión se ven cada vez más pechos, nalgas, ligueros, me masturbo ante la imagen de Douchka, la pequeña presentadora de Mickey. Los padres se inquietan ante la nefasta influencia de la tele, los niños deben justificar ideológicamente por qué quieren ver tal o cual programa. Los brazos del soldado se separan de su tronco, unos leones despedazan a una gacela en *Los animales del mundo*. El crecimiento se estanca, los dirigentes sindicalistas llaman a la calma, los colores son fluorescentes, jóvenes tiburones en traje negro juegan a la Bolsa, se empieza a hablar de guerra eco-

nómica, los años ochenta ganan terreno, todo va cada vez más rápido, mis compañeros de clase atracan asilos de jubilados, descubro *Apocalypse Now*, Jim Morrison canta «This is the end», el coronel Kurtz murmura «el horror, el horror», escucho hardrock, mis amigos son árabes, desvalijo coches por la noche —«el terror y la violencia moral…»—, se firma el tratado europeo de Maastricht —«el terror y la violencia moral deben convertirse en aliados»—, está de moda la palabra «pasta», el sexo es elegante —«si no, son enemigas mortales»—, en el instituto, los profesores de economía hablan de los peligros de la flexibilidad laboral, formo parte de la generación Mitterrand, SOS Racismo combate la discriminación. Desde niño, he aprendido que: los ricos explotan a los pobres, el norte aplasta al sur, las dictaduras fascistas son de una violencia ilimitada, el hombre destruye su entorno por avaricia, las especies animales desaparecen una detrás de otra. La publicidad y los semanarios de izquierda que compra mi madre dicen que: vivimos en una época de individualismo, un hombre con la determinación suficiente puede conseguir cualquier cosa, la economía es la guerra, la guerra está en otra parte, en los países subdesarrollados en los que los niños de vientre hinchado mueren de hambre, las estrellas del rock organizan conciertos de apoyo a Etiopía, los chistes sobre etíopes están de moda, Europa es un toro negro cabalgado por una rubia nórdica, los alemanes son malvados, mataron a los judíos, hay crisis en Estados Unidos, los estadounidenses nos colonizan, un día China se despertará, los japoneses son unos samuráis maestros en el arte

de la guerra económica, Francia debe adaptarse, somos la patria de los derechos humanos, en Francia el ochenta por ciento de una franja de edad supera el bachillerato, las revoluciones terminan en baños de sangre, Mao ha alentado el canibalismo, en la provincia de Shanxi los escolares se han comido a los maestros. En Vaulx-en-Velin, el suburbio en el que he crecido, grupos de jóvenes desencadenan revueltas tras un fallecimiento durante un control policial, imágenes de siluetas en movimiento, de coches incendiados, de policías encapuchados que corren por la circunvalación, de comercios en llamas y francotiradores del GIGN* apostados en el techo del hipermercado Auchan, de donde se eleva una espesa bocanada de humo gris, los periodistas hablan de «estado de emergencia» y de «guerrilla urbana».

Desordenadamente: fotos de manos y pies de opositores chilenos machacados, estadio de fútbol transformado en prisión durante el Mundial de Argentina del año 78, plano corto de las quemaduras de cigarrillos en los cuerpos torturados de los militantes, estudiantes de izquierdas violadas con picanas —declaraciones murmuradas en la habitación contigua: «ser militante implica estar listo para cualquier eventualidad»—, la examinadora del bachillerato me pregunta en el oral de lengua «¿los terroristas son justicieros?».

Los palestinos llevan la *kufiya* y el kalashnikov, unos miembros de la Resistencia sufren las torturas nazis en *El ejército de las tinieblas*, Acción Directa

* Grupo de Intervención de la Gendarmería Nacional.

a un atentado en la estación de Bolonia deja ochent
cinco muertos y doscientos heridos, en Alemani
RAF mata a policías y militares.

Respondo «no hay respuesta, la noción de terro
smo depende del contexto»; imágenes de cadáve
es en blanco y negro, plano corto de un prisioner
ietcong abatido a quemarropa por un policía de Viet
am del Sur, con las piernas atadas con cuerdas
arachoques de un Jeep, fotógrafo abatido por u
ficial ruso en Afganistán, prisioneros ahorcados,
adáver de Aldo Moro descubierto, con las manos ata
as en el maletero de un coche —*this is the end, m*
iend—.